



SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

C. DIOS ES QUIEN SANTIFICA SU NOMBRE

Es obra del Padre, y está incluida en la gran *obra* que El lleva a cabo en Cristo Jesús. «Padre, glorifica tu nombre» (Jn 12, 28). También en el A. T. se reconoce que es el mismo Dios quien santifica su nombre: (Ez 36, 22-23. 24-30; Salmo 115, 1-3).

El orante está *implicado* en esta obra, a nivel de *deseo* y de *compromiso vital*. Si Jesucristo es «imagen de Dios» y «gloria del Padre» (cf. 2 Cor 4, 4.6), es también cierto que el orante es *imagen del Hijo* y portador en su interior del «Glorioso» evangelio de Jesucristo (Rom 8, 29; 2 Cor 4, 4); para poder «reflejar como en un espejo la gloria del Señor» e irse «transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosa» (2 Cor 3, 18).

El orante es, en cierto modo, *gloria* del Padre, manifestación viva de la *santidad* de Dios. Es el Padre quien «santifica su nombre», quien se «glorifica» a sí mismo, quien manifiesta su perfección para que sea reconocida y proclamada; pero históricamente El lo hace por medio de los hombres a los que ha constituido en «imágenes de su Hijo». Estos, a su vez, llevan tan gran dignidad como *fuerza vital* que por su propia naturaleza está llamada a expresarse y a propagarse a través de su *compromiso personal*. (Cf. Is 29, 22-23; Mt 5, 16; 1 Cor 6, 20; 1 Pe 3, 15).

El deseo de que el Padre «santifique su nombre», llevando así a su plenitud su obra de gloria en Cristo Jesús, lleva implícita una *petición*: que el Padre conceda al orante poder contribuir en esa obra de glorificación divina, ser en la práctica y cada vez mejor «imagen de Cristo» y reflejo de la «santidad» del mismo Padre.

El orante expresa al Padre un deseo de amor, movido por el instinto filial que ha nacido y actúa en él. Es una prolongación lineal del hecho de haber llamado a Dios «Padre».

A. SANTIFICAR EL NOMBRE - GLORIFICAR A DIOS

El *nombre* de Dios es el *mismo* Dios tal como El ha querido *revelarse* y *darse a conocer*. El Dios de la revelación es un Dios que tiene un *nombre*, un Tú que se ha manifestado como tal y al que podemos dirigirnos con una dinámica dialógica.

- Por una parte, *el nombre* de Dios se *identifica* con el mismo Dios, hasta el punto de que *nombre* y *persona* pueden intercambiarse recíprocamente (cf. Lev 18, 21; 20, 3; 21, 6; 22, 2.32; 24,15-16; Is 29, 3; Am 2, 7; Jer 10, 6; Sal 8, 2.10; 20, 2; 135, 13; Prov 18, 10 ...), o bien ponerse uno junto al otro en perfecto paralelismo sinonímico (cf. Is 24, 15; 60, 9; Mi 5, 3; Zac 14, 9; Sal 33, 21; 76, 2...).

- Por otra parte, la relación conceptual nombre-revelación-conocimiento hace que el *nombre de Dios* sea en cierto modo *su rostro exterior* que lo revela y lo da a conocer. Por eso, el *nombre de Dios* puede ser un paralelo de la *gloria* de Dios: «En occidente verán el nombre del Señor y en oriente su *gloria*» (Is 59,19). También puede expresar las perfecciones divinas que se nos han revelado y dado a conocer a través de las obras del Señor (Sal 8, 2.10; 76, 2; 106, 8...).

En cuanto al verbo *santificar* y al concepto de *santidad*, aplicados a Dios, hay que señalar lo siguiente:

- Cuando hablamos de «santificar el nombre de Dios», no se trata, de *hacer santo* a Dios o su nombre. Dios es «el Santo» (Is 40, 25; 43,15), y su nombre es «Santo» (Sal 33, 21; 111, 10; Lc 1, 49 ...).

- La santidad de Dios es *la perfección por la que Dios es Dios*, es la expresión de su transcendencia inefable.

La santidad divina *se revela* en cierto modo en la obra de la creación y en la de la historia de la salvación; y entonces se habla de la *gloria* de Dios, impronta reveladora, perceptible e inteligible del misterio de Dios tres veces santo. Como el *nombre* de Dios, también la *gloria* de Dios nos habla de ese *rostro divino* que al hombre le es dado conocer mediante la contemplación de las obras de Dios. Es como un *reflejo* de la *santidad* divina, una comunicación de Sí mismo con la que el Señor manifiesta en cierto modo el misterio de su perfección.

A la luz de esta relación, en que la *gloria* de Dios y su *nombre* son como una *mediación reveladora* de su santidad, comprendemos por qué la expresión «santificar a Dios» o «santificar su nombre» sólo pueden significar: *reconocer y proclamar la incomparable perfección de Dios, revelado en sus obras; o bien, acoger la impronta que Dios ha dejado de Sí mismo en sus obras y confesar, a través de ellas, el misterio del Dios santo.*

En este sentido, el hombre «santifica el nombre de Dios» cuando actúa para con Dios con la obediencia, el respeto y la veneración que convienen a su santidad (cf. Is 8, 13; 29, 23; Lev 22, 31-33), y cuando reconoce, proclama y canta admirado la grandeza de Dios, su poder y majestad, su justicia y sus maravillas /cf. Sal 8, 2.10; 99, 2-5; 111, 10; 135, 5.13; 145, 3ss...).

«Santificamos el nombre de Dios» cuando alabamos a Dios, lo ensalzamos y lo glorificamos, ya sea con el lenguaje de una alabanza llena de admiración (cf. Lc 1, 46ss), ya con el de la confesión y el del compromiso de nuestra vida (cf. Rom 1, 21).

B. SANTIFICACIÓN - GLORIFICACIÓN DE DIOS EN JESUCRISTO

El orante, movido por el instinto filial y evangélico, expresa su deseo de que el Padre sea *glorificado*, conocido, alabado, honrado, venerado, agradecido y ensalzado como El lo quiere ser en Cristo Jesús. (Cf. Jn 1, 14. 18; 17, 4.26; 12,28)

Un deseo ligado a la *realización de la obra del Padre en Cristo Jesús*; de una obra que lleva en sí misma la impronta de la gloria del Padre. Es un deseo profundo de ver hecho realidad un valor evangélico: que sea cada vez más y más conocida y proclamada y alabada «la gloria de Dios que está reflejada en el rostro de Cristo» (2 Cor 4, 6); de ese Cristo que es el «evangelio de Dios» y la «imagen de Dios».

Es un deseo *personal* de un *hijo* que quiere que su Padre del cielo sea glorificado; esa glorificación reviste una modalidad: el nombre de Dios será «santificado» y la perfección del Padre será conocida y alabada en la medida en que *se desarrolle progresivamente* en la historia lo que el Padre quiere realizar en Cristo Jesús. (cf. Fil 1, 6)

El orante, al hacer suya la dinámica de la obra que se está realizando en Cristo Jesús, clama con el deseo de la fe y del amor para que se haga realidad en el mundo la *altura* de la revelación y la *perfecta* adoración que caracterizan la plenitud celestial del Misterio (cf. Ap 4, 8.11; 5, 13).